

moso rostro, se puso de rodillas sobre el cuerpo de su hermana como en altar bien consagrado, y en aquella postura de inmolation recibió el golpe del alfanje, pasando ambas á gozar la vision beatifica en el dia 22 de octubre en el año 840 segun el cómputo que señala Morales.

Llevaron los moros arrastrando á los venerables cuerpos de las dos ilustres mártires desde el sitio en que fueron degolladas, llamado antiguamente las Furcas y hoy los Horcajos, al campo para que fuesen pasto de los perros y de las aves; pero el Señor las libró de todo insulto con su adorable providencia, en vista de lo cual obtuvieron los cristianos permiso de Zumayl para darlas sepultura. No tardó Dios en acreditar la gloria de sus amadas siervas con la particular maravilla de dejarse ver por la noche luces resplandecientes sobre el lugar en que las enterraron, por lo que temeroso el gobernador de que las estrajesen los fieles, mandó enterrarlas en un hoyo profundo, el que allanasen con tierra y piedras crecidas, todo con el fin de borrar la memoria de sus santas reliquias, y que en lo sucesivo no pudiesen ser halladas por los cristianos; cuyo pozo se conserva hasta hoy, y contigua de él una fuente cristalina llamada de Sta. Nunilo y Alodia, cerca de la cual hay una ermita bajo la advocacion de las Santas, donde se dividen los términos de las dos villas, que concurren juntas á celebrar su festividad en el dia de su dichoso tránsito.

No pudo impedir la diligencia de los infieles la repeticion de las luces resplandecientes sobre el pozo ú hoyo donde las ocultaron; y continuando aquel extraordinario prodigio cuando conquistó la provincia de la Rioja del poder de los moros el rey de Navarra D. Iñigo Jimenez, hizo la traslacion de los cuerpos de las Santas al monasterio de S. Salvador de Leyre en el dia 18 de junio del año 842, donde son tenidos en grande veneracion, y se digna Dios obrar muchos prodigios por la poderosa intercesion de sus fidelísimas siervas. Tambien escribe Ambrosio de Morales, que cuando se ganó á los árabes el reino de Granada, se dió la ciudad de Huesca al conde de Lerin, hoy de los duques de Alba, de quien descienden los condestables de Navarra, quien llevó á ella varias reliquias de las Santas que se le dieron del monasterio de Leyre, y habiendo edificado una iglesia bajo su advocacion en donde las colocó, de aquí ha dimanado la pretension de aquélla, insinuada en el principio.

SANTA CORDULA, OTRA DE LAS VÍRGENES COMPAÑERAS
DE SANTA ÚRSULA.

DE donde sea natural la gloriosa Sta. Cordula no se sabé cosa alguna, porque no hacen mencion de ello los historiadores. Solamente escriben que era otra de las vírgenes, que en tiempo de los hunos, gente feroz, padecieron martirio con la gloriosísima Sta. Ursula; y como era muy niña tuvo miedo y se escondió aquella noche que sus santas compañeras padecieron martirio, y por esto no murió por la fe en el mismo dia. Pero luego el siguiente por la mañana la gloriosa Santa volvió en sí, y doliéndose de haber perdido la palma del martirio, que las de su compañía habian alcanzado, salió del rincon del navio, donde estaba escondida, y ofrecióse para que por amor de Jesucristo le quitasen á ella tambien la vida. Viendo los bárbaros hunos que la virgen era cristiana, y que constantísimamente confesaba á Jesucristo, la degollaron con gran crueldad, y así murió por la fe, y llegó á la compañía de la demás vírgenes con la palma de mártir. Y como no se hiciese fiesta de esta Santa como de las otras, porque no recibió martirio el mismo dia, apareció á una reclusa diciendo, que hiciese especial fiesta de ella el otro dia despues de las vírgenes, y por esto la iglesia de Tortosa, que posee sus sagradas reliquias, reza de ella, y de Sta. Cándida á 22 de octubre. La iglesia de nuestra Señora de la Merced de Barcelona tiene tambien reliquias de esta gloriosa Santa. (*Domenee, Hist. de los Santos de Cat.*)

TRASLACION DE LA CABEZA DE SANTA CÁNDIDA, EN VULGAR
CATALAN CANDIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

DESPUES que la gloriosísima virgen y mártir Sta. Ursula con su compañía padeció martirio en Colonia, propagóse entre los cristianos la devocion de las santas vírgenes, de tal suerte que muchas iglesias procuraron tener de sus sagradas reliquias, para que mereciesen alcanzar su favor, y en esto se manifestó muy devota y solícita la Iglesia de Tortosa. Por lo cual D. Guillen, arzobispo de Colonia, por ruegos, segun se cree, de los ciudadanos de dicha ciudad, dió á 6 de abril del año 1351 la cabeza de la gloriosa Sta. Candia, para la catedral de ella. La cual reliquia fué allí llevada con mucha devocion, donde la gloriosa Santa ha mostrado su poderosa intercesion con muchos milagros. Entre otras maravillas se tiene larga esperiencia, de que en tocando su

sagrada cabeza, muchísimos enfermos quedan libres de mal de cabeza, de garganta y otras enfermedades. (*Domeneç, Hist. Sant. Cat.*)

La misa es en honra de S. Hilarion, y la oracion la que sigue:

Suplicámoste, Señor, que la para que consigamos con su intercesion del bienaventurado proteccion lo que no podemos abad S. Hilarion nos haga gra- con nuestros merecimientos. tos á vuestra divina Majestad, Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del capit. 45 del Eclesiástico, y la misma que el dia III, pág. 51.

REFLEXIONES.

Su memoria se conservará en bendicion. ¡Oh, y qué diferencia hay entre la memoria de los santos y la memoria de los mayores hombres! Aquella se conserva en bendicion, entre alabanzas, en veneracion y entre continuas gracias al cielo. Son alabados los santos despues de su muerte en la congregacion de los fieles. Aunque hubiese sido oscuro su nacimiento, por baja, por vil, por humilde que fuese su condicion; mas que no hubiesen tenido ni espíritu, ni talentos, ni alguna otra de aquellas prendas brillantes que tanto se estiman en el mundo, que se llevan las atenciones, que se arrastran los aplausos; todo lo suple con ventajas la santidad. ¿Pero qué veneracion se conserva por aquellos grandes hombres que hicieron bella figura mientras vivieron? Acabóse la figura con la vida. Metieron ruido; ¿pero en qué paró este ruido un momento despues de su muerte? Acabóse el ruido, y con él pereció al mismo tiempo su memoria. Solo acordarse de un difunto causa miedo; se mira con un género de horror todo cuanto sirvió en vida al uso de su persona. Pero hágase concepto de que el difunto fué un santo; ¿con qué veneracion se mira su cuerpo? Léjos de causar horror el cuarto donde murió, inspira no sé qué consuelo, alegría, respeto y confianza. El ataud donde está espuesto el cadáver se hace precioso, y se tiene por dichoso el que logra una alhajilla de las que sirvieron al difunto. Las telas mas ricas, los metales de mayor estimacion no parecen ni decentes ni bastantes para envolver ó para engastar un huesecillo, algunos cabellos, una partecilla de su vestido ó de su mortaja. Todos se atropellan por besar sus manos y sus pies; todos se postran delante de aquel cuerpo. Los grandes del

mundo, los que dominan la tierra, los soberanos, los monarcas, todos se arrodillan delante de él, todos imploran su proteccion, todos se encomiendan en sus oraciones; pero es un cuerpo muerto, pero es un cadáver; no importa, la santidad no solo hace dulce la muerte de los santos, sino que hasta sus cuerpos muertos los hace dignos de la pública veneracion. Mas que el difunto hubiese sido el hombre mas bajo de la república, toda la gente de la mayor distincion, ó por su cuna, ó por sus empleos, hará vanidad y se considerará obligada de concurrir á su entierro. Llevaráse su cadáver como en triunfo entre los votos y los aplausos del pueblo. ¡En cuántos templos se colgarán sus retratos! ¡en cuántos altares se colocarán sus reliquias! Los siglos mas retirados celebrarán su memoria con veneracion, y en todas partes resonarán sus elogios. ¿Qué grandes del mundo recibieron jamás honra semejante? ¿qué fortuna se puede comparar á la dicha que gozan los santos? Pero los afortunados del mundo mueren, y mueren tambien con ellos todos los honores que los tributaban. El que se rinde á los santos, pasa hasta sus mismas reliquias. No es la reliquia el objeto directo y principal de nuestro culto; el mismo santo que reina con Cristo en el cielo, es el que adoramos y el que invocamos cuando veneramos sus reliquias. La opinion en que estamos de que aquella reliquia que se nos presenta á la vista, es todo su cuerpo ó alguna parte de él; esta opinion, verdadera ó falsa, basta para escitar nuestra devocion y para que sea agradable á Dios el culto que tributamos á las que creemos ser reliquias de los santos. No nos pide Dios una crítica severa, sino una piadosa inclinacion á honrar lo que él mismo honra, y á proporcion de lo que le honra el mismo Señor. Acaso por eso (dice san Gregorio) para enseñarnos una verdad tan provechosa como llena de consuelo, no pocas veces obra Dios mayores milagros en los lugares donde verdaderamente no están los cuerpos de los santos que se invocan: *Sancti ad majus fidei nostræ meritum sæpè illie majora signa faciunt, ubi minimè per semetipsos jacent.* (Libro 2. Dialog. cap. ult.)

El Evangelio es del capítulo 19 de S. Mateo, y el mismo que el dia III, pág. 53.

MEDITACION.

Dios es muy liberal con los que le sirven.

PUNTO PRIMERO. — Considera la liberalidad con que recompensa

sa Dios todo lo que se hace por su amor. Inspiraciones saludables, auxilios particulares, gracias sobreabundantes, valor de los méritos y la sangre de un hombre Dios, dones sobrenaturales mas preciosos que todo el mundo junto; todo esto es alguna vez recompensa de una ligera obra de caridad, de un solo acto de amor de Dios, de un simple deseo de una alma justa.

Parece que ya no se acuerda Dios de todos los infinitos beneficios que nos ha hecho luego que le damos ocasion, por decirlo así, para hacernos otros nuevos con nuestra fidelidad á su servicio. Al mismo tiempo que da los talentos, da los medios y la industria para negociar con ellos; y en ganando los dos, añade cuatro. Toda la Escritura está llena de parábolas y de ejemplos que acreditan la liberalidad con que premia Dios en nosotros aquello mismo que él nos da.

¡Pero con qué atencion está á socorrer las necesidades de sus siervos! ¡qué maravillas obra en favor de los que le siguen! Hambriento el pueblo de las instrucciones y de la doctrina del Salvador, se va tras él: ¡qué cuidado en proveer sus necesidades, y qué de prodigios para proveerlas!

Pues fuiste fiel en cosas pequeñas, yo te haré dueño de las mayores. ¿Qué proporcion hay entre el salario y el trabajo, entre el mérito y el premio? Cuando se trata de recompensar nuestros pequeños servicios, solo se aconseja Dios con la infinita grandeza de su inmenso corazon.

¿Pero qué servicios somos capaces de hacer á todo un Dios? ¿todo cuanto podemos hacer no es obligacion nuestra, y la mas esencial de todas nuestras obligaciones? ¿puede haber para nosotros ni mayor gloria, ni mayor recompensa que él mismo admitirnos á su servicio? Sin embargo, quiere Dios recibirnos por mérito nuestras mismas obligaciones: quiere señalar un infinito premio á la mas ligera prueba de nuestra debida obediencia. Por haber estado prontos á su voz, por haber alargado un vaso de agua en su nombre, por haberle tributado nuestro respeto; un paraíso, una gloria eterna, una felicidad que la hace el mismo Dios! ¡Oh, y cuanta verdad es que Dios todo lo premia como Dios! Y despues de todo esto ¡será posible, divino Salvador mio, que yo quiera servir á otro dueño!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que aunque Dios no recompensará nuestros servicios con otra cosa que con dignarse de admitirlos, quedaríamos sobradamente recompensados: ¿Cuantos grandes no reciben otra recompensa en la corte por lo que sirven al soberano? Perdieron la salud, gastaron toda la vida, arruiná-

ronse en el servicio del rey; y una palabrita benigna, un mirarlos alguna vez con agrado vale para ellos un elogio, y suele ser no pocas veces todo el premio que reciben. Pero al mas pequeño acto de mortificacion, al sacrificio de un momento, á una nada hecho ó padecido por Dios, se sigue al instante una asombrosa abundancia de bendiciones. Ni en el gran dia de los premios, que es el dia del juicio, quiere Jesucristo hacer mencion de otras cosas sino de las mas ordinarias, de las menos ruidosas y de las mas fáciles. ¡Mi Dios! un torrente de delicias; océanos inmensos de consuelos; una bienaventuranza infinita, eterna, por un maravedí que ofrecí á vuestro tesoro; por una visita que hice á un pobre enfermo, á un encarcelado; por haber cumplido con un acto de religion, á que estaba obligado debajo de graves penas; y como si todo esto fuera poco, como si no fuera bastante, vos mismo quereis ser mi recompensa. *Ego ero merces tua magna nimis.* ¡O mi Dios, y con todo eso teneis pocos que os sirvan! ¡y hay hombres que tengan por gran trabajo el servirlos! ¡y los hay negligentes, los hay flojos, los hay disgustados en vuestro servicio! ¿Tenemos fe? ¿sabemos bien la religion que profesamos?

He aquí, Señor, dice S. Pedro, que todo lo hemos dejado, y vamos en seguimiento de vos. Por cierto que no era gran cosa todo lo que habian dejado: una barca y unas redes viejas; pero con todo eso, ¡qué recompensa! Abundancia de dones del Espíritu Santo: favorecidos, privilegiados de Dios vivo, y aun esto es poco; sentados en sus sillas con Jesucristo para juzgar á los mortales, y á la frente de todos los escogidos para seguir á Jesucristo en su gloria. ¡Mi Dios, y con qué liberalidad recompensais á los que os aman! ¡Cuánta razon tuvieron los santos para servirlos con tanto valor y con tanta fidelidad!

Mas porque no se creyese que esta liberalidad se limitaba precisamente á los apóstoles, añade inmediatamente: *Cualquiera que por mi amor dejare su casa ó sus hermanos*; es decir, cualquiera que me amare con ternura, que me sirviere con fidelidad, que guardare mis mandamientos con perseverancia, yo mismo seré su premio por toda la eternidad. Si; ninguna cosa se hará por Dios, por minima que sea, que quede olvidada, ni un solo cabello será arrancado por él, de que no se lleve exacta cuenta; ninguna accion exterior, ningun acto interior que tenga á Dios por motivo, que no sea eternamente recompensado. ¡O liberalidad, ó prodigalidad divina, y cuanto me confundis!

¡Qué dolor, mi Dios, y qué desesperacion es la mia por no haber querido servir á un amo tan liberal, que admite por ser-

vicios los deseos! Esto es hecho; y así os lo prometo con toda la sinceridad que me es posible; yo os amaré toda mi vida, yo os serviré con la mayor fidelidad.

JACULATORIAS. — ¡Oh, Señor, y qué consuelos teneis reservados para los que os aman y os temen! (*Psalm. 30.*)
¡Qué bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón! (*Psalm. 72.*)

PROPOSITOS.

1 Basta una simple tintura de nuestra religion, basta un mediano conocimiento de la infinita bondad de nuestro Dios, basta la memoria de lo que Dios ha dicho y hecho en favor de los que le sirven, para convencernos de la liberalidad con que recompensa los menores servicios que se le hacen, y de que siempre los recompensa como Dios. No derrama sus liberalidades únicamente sobre las grandes acciones que se hacen por él: premia hasta el mas mínimo deseo, hasta la voluntad sola que se tiene de darle gusto. Acuérdate de tantos beneficios como has recibido en el discurso de tu vida; todos los debes á la pura bondad, á la pura liberalidad de tu Dios. Pero no, no nos debemos parar en las recompensas de esta vida; nunca levantes los ojos al cielo sin considerar que allí es donde te tiene Dios reservado el premio de tus menores servicios. Una bienaventuranza infinita y eterna, un conjunto de todos los bienes, una felicidad sin límites, sin medida, la misma esencia de Dios, este ha de ser tu premio.

2 Pero no debes servir á tan buen amo precisamenté por consideracion al premio; mas puro, mas desinteresado ha de ser nuestro motivo. En medio de eso alienta el corazón la memoria de la bondad y de la liberalidad con que recompensa Dios á los que le sirven. Son ordinarias, son comunes en esta vida las adversidades, los trabajos, los contratiempos y las mortificaciones; pues cotéjalas entonces con el premio que te espera. Si te parece que Dios es poco liberal contigo en recompensas temporales, alégrate y dale mil gracias, porque es señal que te las reserva para la otra. ¿Y donde hay mayor consuelo?

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES SERVANDO Y GERMAN, en España junto á Cádiz, en el campo Ursoniano; los cuales en la persecucion de Diocleciano por sentencia de Viator su lugarteniente, despues de haber sido azotados, y encarcelados en un oscuro calabozo, y padecido hambre y sed y las penalidades de un largo viaje que les obligaron á hacer cargados de cadenas; por último siendo degollados alcanzaron la corona del martirio. German fué sepultado en Mérida, Servando en Sevilla. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN TEODORO, presbítero, en Antioquia la de Siria; el cual fué preso en la persecucion del impio Juliano, y despues de sufrir el tormento del caballete, y otros muchos y muy crueles, habiéndole quemado tambien los costados con antorchas; por último, como perseverase confesando á Cristo, le cortaron la cabeza, y así alcanzó la palma del martirio.

SAN PEDRO PASCUAL, obispo de Jaen y mártir, de la orden de Santa Maria de la Merced, Redencion de cautivos, que padeció el dia 6 de diciembre, en Granada en España. (*Véase su vida en las de mañana.*)

SAN IGNACIO, obispo, en Constantinopla; el cual habiendo reprehendido á Bardas César, porque repudió á su mujer, por orden suya fué de muchas maneras ultrajado y tambien desterrado; pero habiéndole restituido á su iglesia el papa Nicolao, descansó en paz. (Fué hijo del emperador de Oriente Miguel Curopalato.)

SAN SEVERINO, obispo de Colonia y confesor, en Burdeos. (Este obispo es honrado como patron de Burdeos, cuya silla gobernó bajo S. Amand. Algunos, contradiciendo el Martirologio Romano, distinguen este S. Severino, llamado tambien Suvino, obispo de Burdeos, del que fué obispo de Colonia, y piensan que el primero vino á Burdeos desde alguna parte del Oriente, y no de Colonia. *Butler.*)

SAN ROMAN, obispo, en Roan.

SAN VERO, obispo, en Salerno. (Se sabe que era tan grande su caridad para con los pobres, que en cierta ocasion, no teniendo nada que darles, se puso en oracion y aparecieron dos angeles que le dieron socorros para que los distribuyese á los necesitados.)

SAN DOMICIO, presbítero, en la diócesis de Amiens.

SAN BENITO, confesor, en el Poitou.

SAN JUAN DE CAPISTRANO, confesor, de la orden de los Menores, esclarecido por la santidad de su vida y por el zelo de propagar la fe católica, en Vilak de Hungria; el cual con sus oraciones y milagros arruinó el formidable ejército de los turcos, y libró del asedio la fortaleza de Belgrado. (*Véase su vida en las de hoy.*)